

CLAVE UNO (OPERACIÓN RESCATE)

UN RELATO SOBRE OVNIS

I

Mientras la niebla empieza a bajar de la alta montaña en sutiles oleadas, cubriéndolo todo con el velo que protege su desnudo cuerpo invisible, con rapidez temerosa escoge un lugar resguardado, en medio de unas escobas y monta la tienda de campaña entre apresurados trompicones. Apenas hubo terminado de hacerlo una lluvia fina y penetrante comienza a caer con lasitud, empapando la hierba seca a su alrededor.

Introduce la mochila y se acomoda como puede en un espacio tan diminuto. Se siente cansado, agotado, tras una larga caminata a través de montañas y bosques. Necesita relajar los músculos, pero sobre todo la mente que siente aún más embotada que el cuerpo. Respira rítmicamente, boca arriba en la postura más cómoda posible y con los ojos cerrados; una cierta agitación le incomoda al principio pero poco a poco va llegando la calma; muy suavemente toma aire en respiraciones profundas hasta que la mente revive, entonces con gran alivio vuelve a retomar las riendas que el agotamiento le arrebatara. El más dulce de los sueños le está llamando.

Un recuerdo le asalta con la brusquedad de una inoportuna tormenta que oscureciera el cielo azul de un maravilloso día de verano. Aquella extraña sensación al trepar la montaña se le hace presente ahora con intensidad alucinatoria. Con una mano poderosa alguien parece coger su nuca empujándole hacia arriba, sube con prisa, casi con angustia, los últimos metros que le quedan hasta la cumbre. No puede creer lo que está viviendo. Nunca ha perdido el control de forma tan rápida y misteriosa, ni siquiera le sucede en los sueños, tan misteriosamente imaginativos, que le persiguen desde la niñez en forma cíclica.

Se sienta y espera sobre la elevada cumbre, mientras el viento ruge a su alrededor, a que algo maravilloso llegue del horizonte que no deja de contemplar con ojos extasiados. La puesta de sol es muy hermosa, observa cada detalle del horizonte con ojos nuevos, absolutamente maravillados. Resulta curioso que su mirada en ningún momento se aparte de un punto del cielo, por encima de una montaña situada hacia el este. Su comportamiento no es normal, al contrario le resulta en extremo chocante; en especial el hecho de quedarse allí mientras la noche se le va echando encima, sin pensar ni por un instante en lo que está haciendo. A pesar de ello no se pierde ni un solo detalle del entorno que se domina desde la cumbre, matices que en otro momento le hubieran pasado desapercibidos.

La oscuridad llega poco a poco, casi de puntillas. Solo cuando la noche está ya cerrada despierta bruscamente de su letargo y en un segundo se hace cargo de la situación. Es muy arriesgado intentar bajar ahora, aunque algunas estrellas punteen el cielo la visión es muy difusa, un simple tropezón y se despeñará montaña abajo. Por otro lado quedarse allí, a la intemperie, a merced de todos los vientos, exponerse cuando menos a una pulmonía sino a la congelación es muy arriesgado. Sin ropa adecuada no tendrá muchas posibilidades de sobrevivir al intenso frío de la noche. Lo piensa con toda la frialdad que le permite el miedo, ya casi pánico, que se adueña de sus emociones.

Antes de tomar una decisión se produce lo inesperado. Una luz brillante llama su atención, justo en el punto que ha estado contemplando toda la tarde. Parpadea

claramente tres veces y se lanza hacia arriba a una velocidad vertiginosa para volver a su primera posición y allí permanece, quieta, inmóvil, como una estrella más.

II

Es lo único que recuerda como real en una pesadilla sin sentido, eso sí de una vivacidad espeluznante. Su memoria no registra si finalmente consigue bajar de la cumbre o permanece allí la noche entera. Lo curioso es la sensación de frío que aún le estremece. Caso de haberlo conseguido el descenso tuvo que ser muy lento, extremadamente peligroso. No es posible que una experiencia así se le borre completamente de la memoria.

Duerme pero al mismo tiempo va controlando los detalles del sueño con lucidez. De pronto se inicia la pesadilla. La luz vuelve a parpadear y sin poder controlarse sus ojos se desvían hacia la derecha donde otra estrella, antes inadvertida, responde a la primera. Otras también lo hacen. Todas ellas parecen formar una figura geométrica aunque no le resulte conocida, tal vez varias formas piramidales o pentagonales superpuestas. Su mirada está clavada en aquel punto del cielo y su cuello no se desvía ni un milímetro.

En su cráneo resuena una voz desconocida. Debe tumbarse en el suelo y relajarse porque el contacto será más doloroso si opone resistencia. Obedece preguntándose con temor si la autosugestión que sufre no le llevará demasiado lejos; la soledad y el miedo generan fácilmente alucinaciones. No obstante el temor a obviar la realidad le lleva a una conducta inusual en una persona razonable.

La voz se adueña de su persona, asume suavemente el control. A pesar de la postura percibe un rayo de luz en el cielo. Parece llegar hasta su cuerpo calentándolo de forma muy, muy agradable. La sensación es placentera, si estuviera abrazado a una mujer desnuda diría que es un orgasmo, el más delicioso que su fantasía nunca imaginó. La comparación no es del todo exacta, se aproximaría más a un éxtasis místico si supiera qué es eso. Cierra los ojos y se deja conducir hasta el climas. Algo muy cercano a la muerte. Si eso es morir bien pudiera morir una y otra vez. Su cuerpo, su mente son incapaces de soportar más intensidad en el placer. Abre los ojos. No puede ser cierto pero ha visto cómo su cuerpo flota en el aire ya muy cercano a la luz. Aunque la sensación es muy breve no existen ya dudas al respecto. La luz brota de una nave, una inmensa nave circular y le están embarcando en ella utilizando una tecnología casi milagrosa. El rayo de luz le mantiene en el aire atrayéndole hacia su destino como si un potentísimo imán levantara un montón de chatarra.

El miedo se intensifica aún más, su boca se abre buscando el grito descontrolado, casi demente; solo la voz, casi maternal le calma como una nana lo haría con un bebé. Es muy importante, el rayo perdería el contacto, funciona utilizando su mente. De caerse lo haría desde varios kilómetros de altura. Hasta sus huesos se reducirían a pulpa. Al cabo de unos minutos eternos siente un pinchazo en el brazo derecho y la placidez que recuerda con nostalgia vuelve a él atenuando el miedo. Desea abrir los ojos pero los párpados pesan tanto que el esfuerzo necesario para conseguirlo no merece la pena. No puede ver su entorno pero se imagina en una especie de quirófano donde sufre manipulaciones con extraños instrumentos médicos. Un metal puntiagudo roza su espalda, a la altura de la columna vertebral. Sea lo que sea penetra el hueso hasta llegar a la médula, el dolor se hace de todo punto insoportable y apenas puede ser atenuado por la voz que le sigue calmando desde el interior, en el centro de su cerebro. Precisamente es en la parte superior de su cráneo donde empieza a sentir la gélida punta

de otro trozo de metal que penetra muy hondo, hasta el centro del cerebro allí donde cree oír la voz. La imagen de su cerebro manipulado por extraños es lo que le hunde definitivamente en el pánico. Gime, suplica, grita, amenaza, blasfema y les conmina que le dejen en paz en nombre de Dios. Solo cuando el dolor se calma comprende que su boca no ha pronunciado ni una sola palabra, es su mente la que se comunica con mayor contundencia de la que su voz hubiera alcanzado nunca.

Ha sido ella, no sus oídos, la que ha estado percibiendo murmullos de conversaciones; deduce que todas las comunicaciones son telepáticas, de una claridad perfecta, tan matizada que en ella cabe tanto la expresión como el sentimiento de quien se está comunicando. No puede ni siquiera hacerse una idea del tiempo que dura aquel análisis o experimento o lo que sea porque la percepción del tiempo ha desaparecido. Oye en su cabeza una amable invitación a levantarse. En respuesta emite un sentimiento de impotencia que es respondido con otro de seguridad en sus fuerzas. Consigue ponerse en pie, se siente muy ligero, como vacío; no es que carezca de cuerpo porque puede sentirlo en todas sus partes pero es como si estuviera vacío por dentro, su peso ha disminuido tanto que podría volar por el recinto. Desea intentarlo, pero es una sensación tan sorprendente que no le aterroriza hasta llegar a comprenderla completamente. A pesar de que sus piernas apenas le sostienen le basta con crear una imagen clara en la pantalla de su mente para que el deseo que genera la imagen se realice al instante, convirtiéndose en actualidad para su consciencia.

En cuanto supera el miedo, gracias a la voz amable que sigue en su mente dando explicaciones, comienza a practicar con la nueva técnica. Es fácil, solo se precisa dejar de lado la voluntad, cualquier atisbo de personalidad, esa personalidad que es el conjunto de emociones, ideas y sensaciones que forman el conjunto de su individualidad, para que pueda moverse siguiendo la cadencia de los cuadros que forma su mente. Los resultados son tan espectaculares que la euforia descontrola sus sensaciones durante unos segundos, suficientes para verse obligado a recurrir a una imagen tranquilizadora si quiere recobrar el equilibrio. Lo que más le sorprende es la posibilidad de abandonar por completo la visión de sí mismo como persona, como individuo con voluntad capaz de decidir entre varias opciones. Esta posibilidad no se la ha planteado nunca sino al pensar en la muerte, la absoluta dejación de la voluntad y la libertad. Es un mundo nuevo, mágico, el que acaba de descubrir. Comunica el hallazgo con entusiasmo desbordante, con alegría infinita a las figuras gigantescas que no ha dejado de percibir de forma fantasmal a su alrededor pero que ahora nota con más nitidez. Recibe su aprobación conjunta con tal simpatía y sentido del humor que su entusiasmo fraternal descontrola todos sus sentimientos, tiene que ser calmado y advertido por la voz guía que no ha cesado en el contacto ni un solo instante.

Es en ese momento cuando comprende todo el proceso que acaba de sufrir. En realidad es el miedo el que causa el malestar que ha estado soportando antes con tanta intensidad, lo mismo que la incapacidad de moverse y comunicarse, una incapacidad paralizante que llega a aterrorizarle. Solicita el perdón a las figuras gigantescas –ahora las percibe aún con mayor claridad dándose cuenta que su estatura es tal vez el doble que la suya o puede que incluso el triple- y la respuesta se percibe como una energía alegre, amorosa, cosquilleante. La dicha le invade completamente, abriéndose a nuevos sentimientos de fraternidad hacia todas las criaturas del universo que nunca hasta entonces ha experimentado. La voz guía le insta cariñosamente a seguirle. Flotando –no podría ser de otra forma- se acerca hacia el lugar que se le indica, una pantalla parecida a la de un televisor gigante pero con sorprendentes características, la tecnología de aquellos seres no tiene nada que ver con la humana. Uno de los hermosos gigantes señala con un ademán sencillo y encantador el centro de la pantalla. Se detiene un buen

rato contemplando su figura con admiración, con dicha inaudita. Es esbelto, el cabello rubio en suave melena le llega hasta el comienzo del cuello cayendo sobre el borde de una capa, de un gris luminoso, que se extiende en suaves pliegues sobre su espalda hasta el suelo. Los rasgos de su cara son dulces y hermosos, pero indudablemente masculinos, varoniles, denotando un fuerte carácter y una resolución inquebrantable. El traje parece hecho de una sola pieza, haciendo juego con la capa y cubriendo todo su cuerpo con delicadeza, ajustándose como una piel. Lo más impresionante de su figura son sus ojos, azul claro, magnéticos, irradiando fuerza y equilibrio, que hechizan y seducen como reflejo de luz en noche cerrada. A pesar del sentimiento de pequeñez algo le impele a inquirir su nombre, tal vez se trate un deseo del gigante que él percibe como propio. Lo hace mentalmente con una facilidad que le sorprende. Se expresa en su idioma o al menos así lo espera porque él sigue pensando en todo momento en la única lengua que conoce. Intuye que su guía la conoce perfectamente. No puede recordar su nombre pero sí la resonancia a dios mitológico, a héroe de saga cósmica. El gigante rubio acentúa el gesto indicándole que se acerque a la pantalla, sin duda se encuentra en la proa de la nave ya que siente un ligero movimiento hacia delante de una aceleración muy suave. Deduce que la pantalla es al mismo tiempo una enorme ventana porque a su través se observa una gran extensión del cielo nocturno.

III

Un técnico –lo sabe con seguridad - está ajustando los controles de aquella pantalla. Su conformación física es semejante a la de los restantes tripulantes, entre ellos se distinguen más por los diferentes rasgos de su carácter que por matices biológicos. Oprime una especie de botón situado a la derecha del tablero multicolor y la pantalla se ilumina tenuemente. A través de ella el hermoso, claro y sereno cielo nocturno, plagado de estrellas, se acerca como enfocado con un zoom fotográfico. Otro ligero movimiento de la mano del técnico y la pantalla se empequeñece, o al menos así lo cree, al centrarse en un punto, concretamente sobre una bellísima y brillante estrella que destaca en el complicado diseño geométrico estelar completamente desconocido a pesar de su afición a la astronomía; no se trata del cielo nocturno que está acostumbrado a contemplar, sin duda ya están muy lejos de su amado planeta a pesar de que la aceleración de la nave es apenas perceptible. La afectuosa voz de su guía brota de nuevo, le indica el motivo del alarde técnico. La estrella que le está mostrando es su hogar, el punto de origen de su civilización antes de integrarse en la gran confederación de razas y culturas de la galaxia.

En la pantalla comienza una extraña película en la que todo es absolutamente real, como contemplado a través de una ventana. Las secuencias son una mezcla del pasado remoto y del más actual, una gran sinfonía visual se va formando mostrando la evolución de aquella raza desde sus comienzos de hombres primitivos, poco más que animales incapaces de otra cosa que no sea la salvaje supervivencia, hasta su feliz presente, místico y tecnológico al mismo tiempo. La cadena evolutiva pasa por graves crisis de desorientación y oscuridad, por guerras y masacres, por el sufrimiento más desesperanzado hasta la formación de increíbles eslabones espirituales que tomados de uno en uno no descubrirían nunca la lógica y perfección, la hermosura divina que se transparenta en cada compás de la cósmica sinfonía, tan completa y matizada en cada detalle que la tristeza y la alegría, la muerte y la vida, el mal y el bien, se unen en un hondo y prodigioso canto de alabanza al creador, a la mente insondable y amorosa que ha concebido una historia a la vez tan simple y compleja, tan atemporal y pasajera, tan llena de amor paternal y de implacable justicia kármica. Las secuencias se engarzan con realismo cotidiano y grandiosidad de epopeya. Una honda e intensa emoción, un

vivísimo sentimiento de exaltación mística va creciendo en su interior hasta derramarse en un llanto suave e inagotable, las lágrimas empapan su rostro de carne, quemando la piel y cayendo al suelo en un lento y persistente goteo. El tiempo se ha detenido mientras contempla la película, solo al terminar parece reanudar su curso. El técnico aprieta otro botón de la consola y la pantalla se oscurece completamente, ya no puede ver las estrellas colgadas en la noche cósmica. Se lleva la mano a la cara, está empapada; con la yema de los dedos roza suavemente los ojos comprobando que aún rezuman lágrimas. Su guía posa una mano sobre su hombro con afecto paternal y una alegría interior, dulce y tranquila, le devuelve poco a poco a la realidad del presente.

Debe trasladarse a otra sala y lo hace caminando como entre nubes, pasa una puerta que su guía abre con un imperceptible gesto de su mano. Es un amplio salón oval; en su centro y alrededor de una mesa redonda están sentados un indeterminado número de ancianos, tal vez unos doce aunque no tiene tiempo para contarlos porque quien parece presidir la reunión, un anciano de melena blanca y larga barba grisácea, de porte majestuoso, ojos negros de mirada afectuosa y penetrante, le dirige un saludo de bienvenida deseándole la Paz Profunda con una voz poderosa llena de cálidas inflexiones. Sus oídos perciben realmente el sonido, no es una comunicación telepática. Aunque le resulta difícil explicar las razones su intuición lo advierte de manera clara y terminante. Responde al saludo con otro igualmente afectuoso. Su voz brota vibrante y firme, lo que le sorprende ya que está convencido de que ante una asamblea tan majestuosa y poderosa, tan excepcional, el miedo debería haber agarrado su lengua, paralizando todo su ser. Sin embargo el recibimiento ha sido tan dulce y amistoso y son tan cordiales las miradas fijas en su persona que se siente entre iguales, seguro de sí mismo, intrépido y firme. Desea humillarse y lo intenta con todos los medios a su alcance, pero la actitud de los ancianos lo impide, para ellos es un hermano. Lo percibe en cada gesto, en cada palabra o mirada de los allí presentes. Se le indica un sitio a la mesa, cerca de la puerta iniciándose una conversación seria sin perder por ello su aire fraternal. No recuerda nada a pesar de sus esfuerzos, únicamente la sensación de haber aceptado algún tipo de misión, sin duda muy importante y arriesgada. Su subconsciente sin duda conoce todos los detalles pero su mente objetiva los ha olvidado, por imposición de la asamblea de ancianos o tal vez sea una elección personal, no puede saberlo. Terminada la reunión reaparece su guía quien le sugiere despedirse de los presentes. Lo hace con un sentimiento tan efusivo como respetuoso. Es conducido a otra sala más pequeña aunque con el mismo aspecto tecnificado que toda la nave, multitud de consolas y controles la llenan totalmente. Sentado ante otra pantalla ve desfilar con ojos atónitos otra curiosa película que esta vez describe el futuro próximo de su planeta. Conforme las secuencias se van sucediendo una angustia cada vez más atroz muerde sus vísceras a dentelladas.

La guerra se inicia sin previo aviso, como un trueno aterrador en mitad de la noche. Ninguno de los habitantes del planeta puede creer lo que ven sus ojos. Elevan sus manos sobre las cabezas y se ríen histéricamente o sollozan horrorizados, hundidos en una tristeza sin límites. Disparos en un golfo de un mar interior, cuna de grandes civilizaciones a lo largo de la historia. Un misil es disparado desde alguna parte, alcanza a un helicóptero de combate. Otro misil hunde un barco de guerra y ya la tragedia tiene rostro, un rostro atroz, ensangrentado, angustiado, destrozado por la metralla y el odio.

La oscuridad se adueña de todos los corazones; los hombres parecen haberse vuelto locos, su salvajismo inunda de sangre tierras y océanos, todo está perdido, ya solo queda apretar el último botón y numerosos hongos espectrales iluminarán de rojo intenso la eterna noche.

IV

El recuerdo se interrumpe, la sensación es tan amarga, el sabor a muerte en su boca tan acre que se despierta deseando vomitar las entrañas, temblando de frío, sudando de horror. Se enrosca en el saco de dormir en un vano intento por volver a la vida real, atrapado como está en el torbellino de fuego y muerto producido por aquel hongo infernal. Es entonces cuando, como surgido de misteriosas profundidades, un recuerdo le aplasta contra el suelo paralizando su respiración durante unos segundos que para él tienen el valor de una eternidad. No es cierto, no puede ser cierto; sin duda no es verdad que haya aceptado semejante misión, estaba rematadamente loco cuando dio su conformidad a la asamblea de ancianos. Se desprende del saco con rabia, se levanta con dificultad, acercándose a gatas hasta la puerta de la tienda de campaña y sube la cremallera. La lluvia está cayendo persistente, monótona, acaricia la tierra mientras cae la noche. Apenas existe ya suficiente claridad para distinguir el entorno unos metros más allá. Rebusca en la mochila, saca la linterna y proyecta el haz de luz sobre el prado. El paisaje golpea su corazón como un puñetazo directo en el corazón. La niebla, la lluvia y la oscuridad crean un paisaje fantasmagórico. Allá afuera cree ver la sombra de algo que se mueve, tal vez una figura humana vestida con un traje reluciente y una escafandra; la sangre se hiela en sus venas. El miedo le paraliza durante unos segundos, al fin consigue reaccionar y su mente le da la explicación lógica que tanto necesita. Permanece varios minutos acurrucado, observando cada cambio que se produce entre las sombras, los sentidos sobreexcitados y atentos. Cuando consigue relajarse respira varias veces profundamente pero no es capaz todavía de apartarse de la entrada o de apagar la linterna. Sentado mira hacia el exterior, reflexionando o más bien dejando que la mente vague a su capricho. Por un momento cree ver el rostro de su novia sonriéndole desde lo profundo de la oscuridad. Su corazón se llena de gozo recordando aquella sonrisa y los momentos felices pasados a su alegre luz. Es el momento de plantearse cómo va a contarle aquella experiencia cuando dentro de algunos días regrese de la excursión a la montaña programada con tanta antelación. Imagina su reacción, la mirada de incredulidad y sorpresa con que le contemplará. Decide que no va a hacerlo, ni siquiera sabe si dentro de algunos días todo aquello le parecerá tan real como en el sueño, hace apenas una hora. Por fin se decide, baja la cremallera y regresa al saco, pero no puede apagar la linterna, tiene la sensación de que alguien sigue rondando en el exterior. Aguza el oído pero no oye nada, todo está tranquilo. Aprieta el interruptor y la oscuridad se le echa encima como una pantera hambrienta. No puede dormir, las imágenes se apagan y encienden en su cabeza como relucientes ojos de fiera que se acercan y muerden sus músculos, sus órganos vitales, hasta triturar sus huesos. La película pasa una y otra vez ante sus ojos cerrados, es incapaz de evitarlo. La angustia acabará por volverle loco. Cambia de postura, boca arriba con brazos y piernas separadas intenta relajarse pero aquellas malditas imágenes continúan clavándose una y otra vez en el fondo de sus ojos como garras felinas. Rememora la parte final de la película, la más tranquilizadora. Los hongos infernales no consiguen terminar con la vida sobre el planeta, la supervivencia aunque en precarias condiciones aún es posible. Su mente recorre en vuelo rápido y confuso una serie de secuencias desordenadas cronológicamente, laberínticas, desconcertantes. Tal vez se deba al pánico que experimenta o al obsesivo deseo de olvidarse de aquel infierno.

V

Donde quiera que posa la mirada todo es destrucción, caos y muerte. Resulta difícil reconocer la ciudad, el paisaje campestre que se extiende en dirección a la montaña donde tantos hermosos y relajantes días ha vivido en contacto con la naturaleza. Ahora la llanura es una interminable escombrera por la que pululan cadáveres vivientes buscando reposo a un dolor que nada puede mitigar y que pretenden esconder en cualquier lugar donde no llegue el olor de la carne putrefacta, donde puedan beber aunque sean tan solo unas gotas de agua no contaminada. Multitudes –con el cuerpo enfermo, demacrado, el corazón apenado y atormentado ya no son capaces de recordar los felices días de antaño- huyen de las ciudades rastreando caminos que les lleven a algún refugio en la naturaleza que ha sido herida de muerte por hombres sin escrúpulos ante su exasperante impasibilidad. Algunos, perdida toda esperanza, se acuestan entre los escombros de sus hogares, esperando la compasiva mano de la muerte o se hacinan en los pocos edificios que aún permanecen enteros, soñando con un imposible retorno al pasado.

Mientras se desarrollan estos acontecimientos el permanece impasible, sabe que, como eslabones de una indestructible y macabra cadena, van a unir a la humanidad con el destino que todos han ido creando durante cada uno de los días de su existencia. No sabe cuándo llegará el momento pero se deja conducir a la zona protegida por la telaraña energética formada por los hermanos mayores para refugio de los que oyen su voz en sus corazones. Los acontecimientos se desarrollan con normalidad, en el momento preciso, sin buscarlo, se encuentra paseando junto a su novia dentro del triángulo de energía. Observa sin temor cómo los coches se detienen repentinamente como frenados por manos invisibles, la atmósfera se calienta de forma imprevista, es difícil respirar, se ven obligados a sentarse en un banco. A partir de ese momento la confusión se apodera de su mente. Solo recuerda largos días de dura lucha por la supervivencia, de desesperación, de dolor, de oscuridad, de terribles pesadillas sin fin y gritos silenciosos solicitando la ayuda de un cielo llameante. Cuando el sufrimiento se hace insoportable el infierno termina de manera imprevista. Al levantarse una mañana siente dentro de sí una absoluta seguridad, una extraña clarividencia que le impulsa a abandonar el refugio y dirigirse, casi a ciegas, hacia la montaña donde hace tanto tiempo comenzara la aventura. A pesar de la preparación meticulosa que ha recibido, de la constante ayuda y guía de los hermanos mayores, ha desfallecido como solo un cobarde gusano puede hacerlo. Su mente no ha sido capaz de soportar el impacto de tanto dolor y se hunde en la noche. Su corazón ha sido enterrado en la tumba del olvido.

Caminan entre escombros, sobre la tierra calcinada, y se orientan más por el recuerdo de lo que fue esa zona ahora arrasada que por lo que pueden reconocer en aquel paisaje lunar. Con dificultad llegan a las estribaciones de la montaña. Allí él ya no tiene dudas acerca del camino a seguir. Conoce demasiado bien cada palmo de terreno para que los bosques quemados y la tierra calcinada le desoriente. El cambio cromático de aquel lienzo apocalíptico por un momento confunde su mente que continúa retorciéndose aún en el enloquecido pasado. Es un valle solitario, escondido al otro lado del anfiteatro montañoso. Allí sus ojos se llenan de lágrimas recordando el duro camino recorrido. Se abraza a su novia y se besan y acarician tiernamente durante largo tiempo. Luego se dejan caer sobre la hierba seca que aún sobrevive aferrándose al suelo. Desfallecidos contemplan el mágico valle que apenas ha cambiado en su memoria. Recuerda la lejana experiencia sufrida en la montaña con una sorprendente claridad, como si todos los detalles empezaran por fin a encajar en el rompecabezas. De manera sutil la confusa imagen del recuerdo se hace clara, sólida, esperanzadora. Se asombra de

lo que sus dudas, temores y fantasías incontroladas, han hecho con un mensaje tan simple, tan diáfano. Mira hacia el pico que tienen enfrente esperando ver las luces parpadeantes que llegaron a obsesionarle durante tanto tiempo. Sus intentos desesperados de olvidarlas fueron inútiles, seguían punteando cada acontecimiento de su vida impidiéndole llevar la vida reposada que tanto anhela, sin aquellos sobresaltos surgidos del fondo de su subconsciente que crisan sus nervios hasta el punto de llegar a transformarle en una fiera enjaulada, en un loco tan pronto agresivo como apacible e ingenuo como un niño. A pesar de sus esfuerzos no puede ver nada, la tarde va avanzando dulcemente hacia una noche que se anuncia despejada y serena. En su corazón desea con ansia que llegue la oscuridad cuanto antes para sentirse acompañado por las fraternales, por las hermosas estrellas que le ayudarán a esperar con resignación, con profunda calma el mensaje de salvación que le fue prometido. Sedientos beben el agua de un arroyo cercano sin miedo a la contaminación. Comen bayas silvestres que han ido recogiendo por el camino. Estrechamente abrazados esperan la noche hablando del pasado. En sus corazones van renaciendo el valor y la esperanza a cada palabra. Recuerda los pequeños grupos de personas harapientas y enfermas, que se han encontrado en el camino. Deambulan desorientadas, aterrorizadas, hacia donde les lleven sus pies sangrantes. Se pregunta cómo y cuándo irán llegando hasta allí, porque sabe con absoluta certeza que acabarán haciéndolo, que él les estará esperando para organizar el rescate prometido. Es a partir de ese momento cuando se aceleran las imágenes que van pasando por su consciencia como si alguien hubiera apretado la tecla de la cámara rápida en un vídeo. Aparecen las luces, que les rodean formando un gran círculo. Todos reciben telepáticamente un mensaje que es transmitido sin la menor distorsión. Observa a velocidad increíble, cómo van llegando las multitudes, cómo se organiza el rescate y cómo las naves aterrizan entre gritos y cantos de júbilo y exaltación de la multitud. Su corazón rebosa de alegría, llega al éxtasis. Cuando la última nave está dispuesta para el despegue abraza a su novia con tal fuerza que sus respiraciones se ahogan durante unos segundos. Luego la empuja hacia la nave, casi a trompicones, sin pronunciar una palabra. El se queda mirando hacia lo alto, contemplando cómo la nave se va elevando hacia las estrellas a velocidad vertiginosa. Antes de que desaparezca saluda con la mano al tiempo que su mente transmite un mensaje de calma. Aún debe esperar un poco a los rezagados que hasta el último momento irán llegando. Subirán a las últimas naves de transporte y ya todos juntos en la nave nodriza podrán abrazar en persona a los hermanos mayores, charlar relajadamente con ellos de la experiencia mientras las naves les conducen hacia un nuevo planeta donde iniciar un camino distinto.

Siente una alegría interior tan intensa que despierta sobresaltado, su corazón late desbocado. Solo al cabo de un tiempo consigue calmarse. No tiene dudas pero se pregunta cómo podrá recordarlo en los momentos duros y descorazonadores que le aguardan. Cómo encontrará ánimo, ilusión para ocuparse de las pequeñas cosas que le deparará la vida cotidiana que continua allá abajo, en la llanura, a un ritmo implacable, indestructible. Finalmente agotado, se vuelve a dormir como un niño.

*

*

*

Al día siguiente desmonta la tienda de campaña y cargando la mochila a la espalda inicia el regreso. El recuerdo de la noche sigue presente pero se va atenuando poco a poco para acabar en el olvido absoluto, así está establecido. Su vida volverá a los lentos y aburridos cauces de costumbre, aunque teme que ya nada tendrá el mismo sabor, como si mascara un gran trozo de hiel la saliva es amarga.